

## Lenguaje y ontología del llegar a ser (Aristóteles, *Phys. I 7*)

### *Language and ontology of coming to be in Aristotle's Phys. I 7*

**Werther Gonzales León**

Friedrich-Schiller-Universität Jena, Alemania

w.gonzales.leon@uni-jena.de

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2980-4833>

#### **Resumen**

Interpretar el análisis de “llegar a ser” efectuado por Aristóteles en *Física I 7* e insistir en su carácter decisivo con respecto a la problemática planteada en los capítulos anteriores es el objetivo del presente artículo. Para ello, dicho análisis es contextualizado sucintamente dentro de este primer libro y descrito después a modo de tres diferentes aproximaciones: pragmática, sintaxis y semántica del término. El lenguaje del llegar a ser abre el camino para su caracterización ontológica, la cual se traduce en momentos constitutivos de lo que llega a ser. La ontología del llegar a ser obtenida permite regresar a la cuestión acerca de los fundamentos de los entes naturales y responderla bajo un esquema hilemórfico.

**Palabras clave:** Aristóteles, *Física*, lenguaje, ontología, llegar a ser

#### **Abstract**

The aim of this paper is to interpret the analysis of “coming to be” in Aristotle’s *Physics I 7* and to insist on its key role in the problematic posed in the previous chapters. For this, the mentioned analysis is succinctly contextualized within this first book and later described in the form of three different approaches: pragmatics, syntax, and semantics of the term. The language of coming to be opens the way for its ontological characterization, which is translated into constitutive moments of what comes to be. Obtaining the ontology of coming to be enables Aristotle to resume the question about the foundations of natural beings and to answer it under a hylomorphic scheme.

**Keywords:** Aristotle, *Physics*, language, ontology, coming to be

**Fecha de envío:** 14/9/2021 **Fecha de aceptación:** 1/12/2021

## 1. Introducción

En una publicación relativamente reciente, Kelsey (2008) ha argumentado en contra de la idea según la cual el análisis de “llegar a ser”<sup>1</sup> en el primer libro de la *Física* inaugura la posición estrictamente aristotélica respecto al número de los principios de los entes naturales; específicamente, el autor sugiere que “la motivación de la doctrina aristotélica de los principios no se encuentra donde se busca tan a menudo, en las consideraciones sobre el lenguaje ordinario que ocupan un lugar preponderante en la primera mitad de *Física I 7*” (p. 182). Con ello, disiente no solamente de Ross (1936), a quien le debemos la edición del texto griego que hasta hoy sirve como base para las traducciones modernas de esta obra y para quien “Aristóteles, en el capítulo 7, procede a establecer, de manera más segura y definitiva, la triada de principios ya alcanzada” (p. 22), sino también de aquellos que, en sus obras, han destacado de distintas maneras el rol determinante del lenguaje en este contexto, como por ejemplo la lectura fenomenológico-hermenéutica de Wieland (1992, pp. 141-149), la exposición histórico-crítica de Horstschäfer (1998, pp. 254-260) o el estudio lógico-semántico de Modrak (2001, pp. 156-167). Para Kelsey, este capítulo sería, en realidad, una continuación del tratamiento aporético que Aristóteles inicia en torno a los contrarios como principios (*Phys.* I 5) y no suscitaría aún el momento euporético de la cuestión.

En oposición a esta tesis, se puede aducir que aquella *motivación* de la doctrina de los principios se encuentra plasmada, en realidad, desde las primeras páginas de la *Física*, ahí donde Aristóteles decide interpretar y criticar la palabra de sus predecesores a partir de argumentos elaborados con una categorización filosófica propia. Sin embargo, mostrar la trascendencia particular de *Phys.* I 7 para la comprensión de la filosofía natural genuinamente aristotélica implica volver una y otra vez a sus líneas, realizar un ejercicio exegético —sin perder de vista, por supuesto, su marco de referencia— y desentrañar el núcleo especulativo sobre el que descansa. A continuación se esbozará un ejercicio de este tipo, comenzando por presentar brevísimamente el método aplicado en este primer libro, para luego examinar las distintas aproximaciones lingüísticas<sup>2</sup> al fenómeno del llegar a ser.

Se intentará poner en evidencia que el lenguaje del llegar a ser aparece como un modo de acceso a su caracterización ontológica y que desde una determinada ontología de este fenómeno se enfoca, en concordancia con el pensamiento aristotélico, la cuestión acerca de los principios. A diferencia de las lecturas mencionadas, pero en complementación con ellas (Wieland, Horstschäfer y Modrak), se entenderán dichas aproximaciones en sentido pragmático, sintáctico y semántico. Aunque podría pensarse que se trata de tres dimensiones de una perspectiva semiótica del asunto, la coincidencia es, por lo pronto, solamente nominal.

## 2. El método en *Phys. I*

El camino que Aristóteles sigue en el libro I de la *Física*, su trayecto, su μέθοδος propiamente dicho, es el de los principios. En primera instancia, se está en búsqueda de principios, causas y elementos en y para la ciencia de la naturaleza; en una palabra, se buscan los *fundamentos* de los entes naturales (*Phys. I 1*). ¿Cuántos y cuáles son esos fundamentos? ¿Qué dicen o han dicho los filósofos al respecto? ¿Por qué, si evidentemente los entes naturales están en movimiento, Parménides y Meliso sostienen la inmovilidad de un único fundamento y manifiestan que todo es uno? Y si los fundamentos son varios, como afirman algunos de los fisiólogos, ¿serán finitos o infinitos? La consideración de estas interrogantes exige, ante todo, aclarar los términos en juego: “ser” y “uno” (*Phys. I 2*). El esclarecimiento de los términos permite mostrar inmediatamente las deficiencias de la posición eleática y la imposibilidad de que todo *lo que es* sea uno (*Phys. I 3*) y que los fundamentos sean infinitos o indeterminados, como propone Anaxágoras (*Phys. I 4*). La recepción de la palabra de los predecesores muestra, además, que, de cierta manera y con razón, todos conciben los principios como contrarios y, por tanto, los entes naturales (lo que llega a ser o se genera por naturaleza) deben ser contrarios o ser fundamentados desde contrarios (*Phys. I 5*). En consonancia con esto, es decir, con la necesidad de que haya más de un fundamento, aún queda por indagar el número concreto de estos: ¿serán dos, tres o más? (*Phys. I 6*). A la pregunta por el número de los fundamentos de los entes naturales se intenta dar respuesta mediante el análisis de lo que queremos decir con “llegar a ser” (*Phys. I 7*). Que la respuesta que se obtiene es de corte netamente aristotélico —al menos de manera incipiente— se desprenderá de la presente exposición. Por lo demás, haber establecido el número de los fundamentos le permite a Aristóteles desatar la aporía en la que cayeron los filósofos anteriores, especialmente los eleáticos (*Phys. I 8*), para luego delimitar su posición frente a la platónica (*Phys. I 9*).

En sentido derivado, el método aristotélico en este libro consiste en proceder “desde lo que es menos claro por naturaleza, pero más claro para nosotros, a lo que es más claro y cognoscible por naturaleza” (Aristóteles, 1995, p. 83 [184a19-21]<sup>3</sup>); o, lo que es lo mismo, “hablar primero de lo que es común y examinar después lo que es particular” (Aristóteles, 1995, p. 110 [189b31-32]). No es este el lugar de desarrollar una interpretación exhaustiva de esta indicación metódica respecto a la verdad de los fundamentos y su aplicación tanto en la filosofía primera como en la filosofía segunda. Limitémonos a señalar que lo común, lo más claro, cercano, cognoscible para nosotros, se refiere, sí, a lo que aparece de manera inmediata a nuestra sensibilidad, lo fenoménico a la experiencia, mientras lo particular, lo más claro y cognoscible por sí mismo o por naturaleza es todo aquello que requiere análisis, reflexión y entendimiento. No obstante, en un sentido igual de esencial, lo más fenoménico para nosotros en la investigación, esto es, con lo que mejor nos entendemos al inicio de ella y aquello que estamos dispuestos a escuchar, es la palabra de quienes ya han investigado: la palabra de Parménides, Meliso o Anaxágoras; aquellas *opiniones comunes* (κοινὰ δόξαι) que le dan una dirección determinada a las preguntas y permiten una aproximación a lo más fenoménico por naturaleza: a la cosa misma, esto es, al asunto particular del que la palabra es palabra.

### 3. Las tres aproximaciones

A pesar del ámbito entitativo de la ciencia de la naturaleza, se considerará el fenómeno del llegar a ser en sentido laxo y no exclusivamente el llegar a ser o generación de los entes naturales (189b30-32). Se verá de inmediato que el ejemplo directriz y las distintas explicaciones se extraen principalmente del mundo socializado: relaciones interpersonales y actividades técnicas, más que acontecimientos naturales o elementos físicos. Este análisis del lenguaje del llegar a ser tiene lugar en tres tipos de aproximaciones.

#### 3.1. Pragmática de “llegar a ser” (189b32-190a21)

La primera aproximación lingüística al llegar a ser inicia de este modo: “cuando decimos que una cosa llega a ser de otra, o que algo llega a ser de algo distinto, podemos referirnos bien a lo que es simple o bien a lo que es compuesto” (Aristóteles, 1995, p. 110 [189b32-34]).

Ante todo, ¿quién es el sujeto de aquel “decimos” (φαμέν)? ¿Por qué el uso de la primera persona del plural? No se trata de un simple recurso estilístico por parte del autor. Tampoco se está hablando en representación de un grupo

de pensadores, antecesores o contemporáneos a Aristóteles. Mucho menos se alude al decir propio de la ciencia, la poesía o de los sabios en general. Estas alternativas quedan descartadas, por un lado, porque en ningún caso el empleo de “llegar a ser” (γίγνεσθαι) es privativo de filósofos, científicos o poetas, sino de uso común en la lengua; y, por otro lado, porque con la referencia a términos simples y compuestos se intenta comprender, en abstracto, los distintos usos de tal expresión en un lenguaje compartido, esto es, en el lenguaje ordinario. Que Aristóteles toma como hilo conductor el lenguaje ordinario para aproximarse al fenómeno del llegar a ser queda evidenciado no solamente por la manera como formula a partir de aquí los enunciados, sino sobre todo por la naturaleza de los ejemplos que inmediatamente ofrece y el modo como los desarrolla.

El ejemplo más relevante es el que gira en torno a un *hombre culto* (μουσικὸς ἄνθρωπος); puede traducirse también como “hombre músico” en el sentido de que cultiva lo proveniente de las Musas, las artes (189b34-190a5). En favor de la comprensión del asunto y la adecuación a nuestro idioma, convengamos en que se trata de una persona instruida o poseedora de ciertos conocimientos que le permiten desarrollar un juicio crítico sobre algo, es decir, un hombre que tiene cultura, un hombre culto. En este sentido, la pregunta es la siguiente: ¿qué decimos que puede llegar a ser *culto* o, en última instancia, un *hombre culto*? Las respuestas son las siguientes:

*i) Un hombre* puede llegar a ser culto (189b34-35). Cuando decimos que un hombre llega a ser culto, admitimos que, en principio, son los seres humanos, varón o mujer, quienes llegan a culturizarse de alguna manera. “Rómulo llega a ser culto”, “Sonia llega a ser culta”. No es relevante preguntarnos ahora *cómo* un hombre puede llegar a ser culto, ni *qué* significa realmente ser culto: se trata simplemente de constatar que, en el uso del lenguaje, *lo que llega a ser* culto es, o puede ser, un individuo, una substancia primera.

*ii) Lo inculto* puede llegar a ser culto (189b35). No nos referimos ahora a un sujeto determinado, sino a un atributo. Lo inculto o lo no-músico, es decir, lo que no está relacionado con las artes, con la cultura, puede también convertirse en culto. Tampoco interesa preguntar aquí por la transición específica de inculto a culto o por lo que precisa lo inculto para devenir algo culto. Lo importante es el decir mismo. Si decimos “lo inculto llega a ser culto”, entendemos lo que se quiere decir, porque de ese modo utilizamos el lenguaje.

*iii) Un hombre inculto* puede llegar a ser un hombre culto (189b35-190a1). En este caso, no nos referimos a un sujeto cualquiera, sino a uno del cual pensamos o decimos que es inculto. “Rómulo llega a ser culto” y “Rómulo, quien es inculto, llega a ser culto” son enunciados distintos. El énfasis aquí se encuentra en la composición de los términos: lo que llega a ser no es, en este caso, simplemente un nombre o un atributo, sino la unidad de sustantivo y adjetivo: “un *hombre inculto* llega a ser un *hombre culto*”.

Así pues, “llegar a ser” alude, en el ejemplo, a *i)* un hombre, *ii)* lo inculto y *iii)* un hombre inculto por el lado de *aquello que llega a ser* (ὄγινεται); y *i)* culto, *ii)* [lo] culto y *iii)* un hombre culto por el lado de *lo que ha llegado a ser* (τὸγιγνόμενον). Con esto se explica la oración temporal con la que inició esta primera aproximación: “hombre”, “culto” e “inculto” son términos *simples* (τὰ ἀπλᾶ), mientras “hombre inculto” y “hombre culto”, términos *compuestos* (τὰ συγκείμενα) en el uso de “llegar a ser”.

Indudablemente, lo dicho hasta aquí no agota la complejidad del asunto. Aristóteles continúa:

Ahora bien, en uno de estos casos no decimos solo: “esto llega a ser”, sino también: “esto llega a ser de esto”, por ejemplo, “el músico llega a ser del no-músico”. Pero no hablamos de la misma manera en todos los casos, ya que no decimos: “el músico ha llegado a ser del hombre”, sino: “el hombre ha llegado a ser músico” (Aristóteles, 1995, p. 111 [190a5-8]).

En algunos casos, el uso ordinario de “llegar a ser” está acompañado del complemento de régimen verbal “de...” o “a partir de...” (ἐκ), el cual connota un “de dónde”. Refiriéndonos a alguien determinado, decimos: “de inculto llega a ser culto”; aunque la forma pretérita nos puede sonar más familiar: “de inculto ha llegado a ser culto”. Que esto no sucede en todos los casos, es decir, en todas las combinaciones posibles entre los términos, lo constatamos también en nuestra praxis lingüística: decimos que un hombre llega a ser culto, mas no que *de o a partir de* un hombre [se] llega a ser culto. No nos expresamos de esta última manera. También en esta observación sobre el suplemento, el punto de partida del análisis es un “se dice” (λέγεται) común, un decir compartido: *nosotros* decimos, hablamos de esta u otra manera.

Finalmente, “llegar a ser” presenta también la siguiente particularidad:

Por otra parte, cuando decimos que algo *simple* llega a ser, en un caso permanece lo que llega a ser y en otro no permanece; en efecto, el hombre permanece y es un hombre cuando llega a ser músico, mientras que lo no-músico y lo a-músico no permanecen, ni como simples ni como compuestos (Aristóteles, 1995, p. 111 [190a9-13]).

Según esto, la manera como “decimos” (λέγομεν) que algo llega a ser nos revela un dato más sobre el sujeto de la acción: el hombre que llega a ser culto subsiste en cuanto tal, en cambio lo inculto que llega a ser culto, no (esto último significa: la incultura de aquel hombre no permanece, desaparece). Así como lo inculto, tampoco el hombre inculto permanece. Esto nos permite arribar a la conclusión general de este primer acercamiento al fenómeno, a saber, que “tiene que haber siempre algo subyacente en lo que llega a ser” (Aristóteles, 1995, p. 111 [190a14-15]). Eso subyacente es denotado por un término simple que no admite opuesto y es, además, numéricamente algo único, aunque en el lenguaje pueda asumir distintas formas: Rómulo en cuanto ser humano, uno y el mismo, permanece, pero la incultura de Rómulo o Rómulo como hombre inculto, no.

A pesar de las indicaciones semánticas y sintácticas en los textos citados, esta primera aproximación al fenómeno puede ser vista como una entrada predominantemente pragmática al vocablo “llegar a ser”, no solamente porque se analiza la expresión según como es usada por sus intérpretes en el contexto general del lenguaje ordinario (aunque no haya aún una referencia explícita a las circunstancias en las que el verbo adquiere una u otra significación determinada), sino también porque el uso de la palabra en el ámbito más inmediato de las acciones, en nuestra *praxis*, permite arribar a conclusiones de carácter ontológico, es decir, en el plano de nuestra realidad o *pragma*: concretamente, la necesidad de algo *subyacente* en lo que llega a ser. Esto último es lo filosóficamente *pragmático* de esta aproximación. A este resultado no se ha llegado a partir de un examen etimológico del término, un símil o una alegoría, sino atendiendo al decir usual y colectivo de los intérpretes de una determinada lengua, agentes que comparten un mundo y una forma de vida.

### 3.2. Sintaxis de “llegar a ser” (190a21-31)

La segunda aproximación lingüística al llegar a ser contiene las siguientes precisiones:

Decimos “algo llega a ser de algo”, y no “algo llega a ser algo”, principalmente de las cosas que no permanecen; así decimos “el músico

llega a ser del a-músico”, y no “el músico llega a ser del hombre”. Aunque también de las cosas que permanecen hablamos en ocasiones de la misma manera, pues decimos que del bronce llega a ser una estatua, y no que el bronce llega a ser una estatua. En cuanto a los opuestos que no permanecen, se dicen de ambas maneras: decimos “esto llega a ser de esto” y también “esto llega a ser esto”; así, «del a-músico llega a ser el músico» y también «el a-músico llega a ser músico». Y hablamos de la misma manera en el caso del compuesto, pues decimos: “de un hombre a-músico llega a ser un músico”, y también “un hombre a-músico llega a ser un hombre músico” (Aristóteles, 1995, p. 112 [190a21-31]).

En esta cita se pueden distinguir tres niveles:

i) *Principalmente* (μᾶλλον: frecuentemente, por lo general), utilizamos “llegar a ser” con complemento de régimen verbal cuando nos referimos a *aquello que no subsiste* (190a21-23). Tomando el mismo ejemplo, diríamos: “de inculto llega a ser culto”. En efecto, la cualidad de inculto no permanece cuando una persona llega a ser culta. Podemos añadir otro ejemplo: “de hombre inculto llega a ser un hombre culto”. Aquí, ser un hombre inculto tampoco subsiste en el paso de un estado a otro. Ni lo denotado por “inculto”, término simple, ni lo denotado por “hombre inculto”, término compuesto, permanecen en el llegar a ser. Construiríamos mal la oración si decimos: “de hombre llega a ser culto” o “de Rómulo llega a ser culto”. “Hombre” y “Rómulo” son términos simples que denotan algo que subsiste en el proceso de llegar a ser y con estos términos no formamos el suplemento.

ii) *En ocasiones* (ἐνίοτε: a veces, de vez en cuando), utilizamos también el suplemento cuando nos referimos a *aquello que subsiste* (190a24-26). En este nivel, se añade otro ejemplo. No decimos, por cierto, “de hombre llega a ser culto”, pero sí decimos “del bronce nace una estatua” o “a partir del bronce llega a ser una estatua”. Aquí la referencia es al material *del cual* se fabrica algo: el bronce, en cuanto elemento constitutivo de esta o aquella estatua, permanece cuando la estatua llega a ser lo que es. La construcción gramatical sin complemento de régimen verbal, es decir, “el bronce llega a ser una estatua” o “el bronce nace una estatua”, aunque puede ser comprensible de alguna manera, *no se utiliza*, no se dice por ser considerada inhabitual o incorrecta. Las razones concretas de esto último tienen que ver más con el uso de la lengua griega de entonces que con el uso actual de nuestro idioma.

iii) *En realidad* (μέντοι: verdaderamente, no obstante), utilizamos “llegar a ser” con complemento de régimen verbal o sin él en dos casos: para *términos simples que no subsisten y presentan opuesto* y para *términos compuestos* (190a26-31). Así, en el primer caso, se dice, por ejemplo, “*de* inculto llega a ser culto”, pero también “el inculto llega a ser culto”; “*de* débil llega a ser fuerte” y también “el débil llega a ser fuerte”; “*de* inexperto llega a ser experto”, “el inexperto llega a ser experto”. Hablamos aquí de términos simples con opuestos respectivos, cuyo referente no permanece en el proceso del llegar a ser. En el segundo caso, se puede decir que un hombre inculto llega a ser culto, pero también que *de* un hombre inculto llega a ser uno culto. “Hombre inculto” forma, en efecto, un término compuesto y —es preciso recordarlo— lo denotado tampoco permanece en el llegar a ser.

Así pues, esta segunda aproximación se concentra en las fórmulas “*de* algo llega a ser algo” (ἐκ τινος γίνεσθαι τι) y “algo llega a ser algo” (τόδε γίνεσθαι τι), las cuales describen, de manera diferente, un proceso de generación. La cuestión directriz consiste en averiguar cuándo formamos las oraciones de “llegar a ser” con la preposición “*de*” o “a partir de” (ἐκ) y cuándo no. Este análisis sintáctico de la expresión no abandona la esfera pragmática del lenguaje ordinario y procura, en todo momento, conservar la naturaleza diversa de su uso: “principalmente, se dice...”, “en ocasiones, se dice...”, “en realidad, se dice...”. El examen de la relación de los signos lingüísticos conduce al siguiente resultado: mientras “algo llega a ser algo” puede utilizarse con términos simples y compuestos, cuyos referentes pueden subsistir o no subsistir al proceso de generación, “*de* algo llega a ser algo” se utiliza solamente con términos simples y compuestos, cuyos referentes no subsisten al proceso de generación. En otras palabras, del término simple que no admite opuesto y cuyo referente es algo numéricamente uno (lo subyacente en el llegar a ser, la substancia) podemos decir que es “algo que llega a ser algo”, pero con él no utilizamos la fórmula “*de* algo llega a ser algo”: “el hombre ha llegado a ser culto”, sí, pero en ningún caso “*de* hombre ha llegado a ser culto”. Por un lado, esto refleja el estatus peculiar de la substancia al presentarse preferentemente como *sujeto* de “llegar a ser”, lo cual se traduce ontológicamente en el hecho de que lo subyacente no solamente es *en lo que algo llega a ser*, sino también puede ser *algo que llega a ser*. Por otro lado, hablar de un modo y no de otro significa reconocer y seguir, consciente o inconscientemente, las reglas y los usos del lenguaje. Esto no evita, sin embargo, que, *en ocasiones*, se pase por alto la regla y se diga “del bronce nace una estatua”, es decir, que de una substancia nace otra substancia. Aristóteles no niega esta peculiaridad. Aunque por mor de la comunicación se espera el acatamiento, el contravenir o cambiar las reglas forma parte también del juego del lenguaje.

### 3.3. Semántica de “llegar a ser” (190a31-190b9)

La tercera y última aproximación lingüística al llegar a ser conserva los resultados de los análisis precedentes e introduce un nuevo nivel de caracterización:

“Llegar a ser” (*gígnesthai*) se dice en muchos sentidos: en algunos casos no se habla simplemente de llegar a ser, sino de llegar a ser algo particular, pero solo de las sustancias se dice que llegan a ser en sentido absoluto (Aristóteles, 1995, p. 112 [190a31-33]).

Un término polisémico, algo dicho de distintas maneras (πολλαχῶς λεγόμενον), eso es “llegar a ser”. Se ha mostrado que su uso en el lenguaje ordinario presenta dos sentidos preponderantes: llegar a ser algo particular (τόδε τι γίγνεσθαι) y llegar a ser en sentido absoluto (ἀπλῶς γίγνεσθαι<sup>4</sup>). Veamos el tipo de significación en cada caso:

*i)* “Llegar a ser” se dice en el sentido de que *algo deviene esto o aquello* (190a33-190b1). El verbo adquiere este sentido cuando hablamos de atributos, mas no de individuos; en verba aristotélica: se emplea para las categorías o predicamentos (κατηγορίαι), pero no para la entidad o sustancia (οὐσία). Sin embargo, el sujeto debe estar siempre *presupuesto* en este proceso de generación. Al respecto, se ofrecen algunos ejemplos. *a)* No decimos simplemente “el inculto llega a ser”, sino “el inculto llega a ser culto” o “de inculto llega a ser culto”. En ese caso, se utiliza un adjetivo calificativo para referirse a un atributo *cualitativo* de un sujeto. *b)* Alguien puede decir también: “el pequeño llegó a ser grande”, y entonces se está echando mano de la categoría de *cantidad*. *c)* Además, si admitimos que una manera de entender la virtud radica en contraponerla al vicio (y viceversa), y afirmamos que una persona de virtuosa devino viciosa, entonces hablamos de una categoría de *relación*. *d)* Finalmente, si nos referimos a alguien que estuvo en el aula y decimos que llegó a estar luego en el parque, recurrimos a la categoría de *lugar* para describir ese proceso. En todos estos ejemplos se habla de un llegar a ser en el sentido de *llegar a ser algo particular* y se presupone un sujeto de atribución en el lenguaje y un sujeto concreto en la realidad (Rómulo o Sonia, por ejemplo). De este sujeto, la sustancia, predicamos, decimos que llega a ser tal o cual cosa, pero él mismo no se predica de otro sujeto.

Antes de pasar al segundo sentido de llegar a ser, se advierte un hecho en virtud de cierto *examen atento* (ἐπισκοποῦντι): las sustancias y los entes simples llegan a ser también de un substrato (190b1-5). En efecto, los animales (entre los que están incluidos los seres humanos) y las plantas llegan a ser *grosso modo* de un

huevo, un embrión o una semilla. Entonces, de estas últimas sustancias (huevo, embrión y semilla) podemos decir que generan o llegan a ser otras sustancias, por ejemplo, llegan a ser Rómulo, una gallina o una rosa; aunque la permanencia o desaparición en el proceso de generación de aquellas sustancias puede discutirse ampliamente, y, por tanto, su condición misma de *sustancias*. Más allá de esto, ha de notarse en este pasaje que el “decimos” de este llegar a ser entre sustancias es reemplazado por un enigmático “examen atento”. En otras palabras: este hecho no es constatado mediante un análisis del lenguaje, sino por otro medio; la inducción o una observación empírica, por ejemplo. Esta constatación no contradice, sin embargo, que el lenguaje del llegar a ser haya sido el locus en el que la generación de sustancia a sustancia haya podido evidenciarse y formularse de la manera como se ha formulado.

ii) “Llegar a ser” se dice en el sentido de que *algo nace, se origina, llega a existir*<sup>5</sup> (190b5-9). Este sentido aparece ahí cuando hablamos directamente de sustancias o entidades, no de categorías. No se presupone un sujeto en este proceso, ya que es él mismo quien está sometido a este. También aquí se dan algunos ejemplos. *a)* Cuando decimos simplemente “una estatua llega a ser” y no agregamos gramaticalmente un atributo al verbo, es decir, no decimos que llega a ser algo particular, queremos significar que la estatua se origina o llega a existir en cuanto estatua. En un caso concreto, la estatua ha llegado a ser lo que ella es por un proceso de fundición y modelación del bronce, esto es, una transfiguración o *modificación figurativa* del material. *b)* Otro tipo de llegar a ser es el de las cosas que crecen o aumentan. Probablemente, los referentes de Aristóteles aquí no son estrictamente “cosas”, sino seres vivos: animales y plantas cuya generación implica un *aumento cuantitativo* de su constitución física. No solo los entes naturales, sin embargo, pueden llegar a ser de esta manera. Un globo, por ejemplo, llegar a ser tal en la medida en que aumenta de tamaño. *c)* Se puede decir también que de la piedra nace una escultura de Hermes mediante un *proceso de sustracción*. En efecto, labrar una obra escultórica en piedra implica, en gran medida, un proceso de separación o extracción del material en bloque. *d)* El caso contrario se da cuando decimos que una casa llega a ser o existir. Ya no por sustracción, sino por *composición* de distintos materiales se fabrica o produce una casa. *e)* Finalmente, el vinagre llega a ser por medio de la *alteración* del vino, esto es, por un proceso de fermentación acética del alcohol. De este modo se origina, es producido el vinagre.

Por lo demás, aunque este sentido “absoluto” de llegar a ser se aplique exclusivamente a sustancias, esto no significa que una sustancia no pueda llegar a ser

también algo particular. Recordemos que un hombre puede llegar a ser culto o inculto. En este caso, se dice de una substancia que deviene esto o aquello, y no que llegar a ser sin más.

El análisis semántico de “llegar a ser”, no del verbo aislado, sino de su uso en contextos pragmáticos y bajo reglas sintácticas, evidencia el sentido, mejor dicho, los sentidos particulares que el término puede adquirir. Esta aproximación lingüística al llegar a ser revela una serie de presupuestos de carácter ontológico acerca de él. Hasta aquí, estos presupuestos pueden ordenarse de la siguiente manera:

A) *Lo que llega a ser* llega a ser *algo particular*. Este presupuesto se deriva del primer sentido y postula la necesidad de heterorreferencialidad en el llegar a ser categorial, es decir, la necesidad de que se concrete en un otro. Ejemplo: el inculto llega a ser culto.

B) Lo que llega a ser algo particular precisa de un *substrato*. Este presupuesto es una adenda del anterior y postula la necesidad de un soporte material en aquel proceso. Ejemplo: Rómulo, quien es inculto, llega a ser culto.

C) *Lo que llega a ser* llega a *existir*. Este presupuesto se deriva del segundo sentido y postula la necesidad de autorreferencialidad en el llegar a ser substancial, es decir, la necesidad de que se concrete en sí mismo. Ejemplo: el hombre llega a ser (se origina en cuanto hombre).

D) *Todo lo que llega a ser* precisa de un *substrato*. Este presupuesto es una adenda del anterior y postula la necesidad de una naturaleza material en todo proceso de generación, es decir, tanto en lo que llega a ser algo particular como en lo que llega a existir. Ejemplo de este último caso: el hombre llega a ser del niño; el niño, del embrión; este llega a ser del cigoto; el cigoto, [de la unión] del óvulo y el espermatozoide; etc.

Del primer al último presupuesto puede notarse una inspección retrospectiva y un remontarse a los fundamentos. En efecto, la búsqueda de fundamentos, de causas y principios, es la manera como Aristóteles entiende la filosofía. Además, con la consecución del último presupuesto se cumple la intención inicial de este capítulo en 189b30, a saber, hablar “de todo llegar a ser”, “de la generación en general” (περὶ πάσης γενέσεως).

### 3.4. Momentos constitutivos de lo que llega a ser (190b9-17)

El lenguaje del llegar a ser, la interacción de los tres tipos de aproximaciones, arroja las siguientes consecuencias ontológicas o momentos constitutivos de lo que llega a ser:

Es evidente que todas las cosas que llegan a ser de esta manera proceden de un substrato. Resulta claro entonces de cuanto se ha dicho que todo lo que llega a ser es siempre compuesto, y que no solo hay algo que llega a ser, sino algo que llega a ser “esto”, y lo último en dos sentidos: o es el substrato o es lo opuesto. Entiendo por “opuesto”, por ejemplo, el a-músico, y por “sujeto” el hombre; llamo también “opuesto” a la carencia de figura o de forma o de orden, mientras que llamo “sujeto” al bronce o a la piedra o al oro (Aristóteles, 1995, p. 113 [190b9-17]).

En cuanto al estilo, se ha de reparar en las formulaciones adverbiales que ahora entran en juego y cobran un peso singular: “es evidente que...” (φανερὸν ὅτι), “resulta claro entonces de cuanto se ha dicho que...” (ὥστε δήλον ἐκ τῶν εἰρημένων ὅτι); y sobre todo en el uso verbal de “ser” o “haber” (εἶναι) para caracterizar lo que llega a ser. Con ello se bosqueja una ontología del llegar a ser, cuyas líneas fundamentales provienen de la aproximación lingüística al fenómeno. Los “se dice”, “decimos”, “hablamos” iniciales de la generación devienen parcos —pero insondables— “es”, “hay” para referirse a ella. Esto exige, además, esclarecer la distinción y conceptualización de los términos en “opuesto” y “sujeto”, para lo cual se utiliza la primera persona del singular: “entiendo”, “llamo” o “denomino” (λέγω).

En cuanto al contenido, se ofrecen por lo menos cinco consecuencias ontológicas:

i) Las substancias y los entes simples llegan a ser *de un substrato* ( ἐξ ὑποκειμένων ). El “de esta manera” de la cita se refiere no al llegar a ser categorial, el cual se da *en* un sujeto, sino al substancial, el cual se da *de* o *a partir de* un sujeto. La anterioridad de un substrato es, entonces, un momento constitutivo de aquello que llega a ser substancialmente y de los elementos tierra, aire, agua y fuego. Aunque esto no vale, por cierto, para *todo* lo que llega a ser, posee, sí, cierta prioridad temporal y material en todo proceso de generación, por cuanto la existencia de un substrato es condición de posibilidad de este.

ii) Lo que llega a ser es *siempre compuesto* ( ἀεὶ συνθετόν ). Tanto lo que llega a ser en el sentido de que *deviene esto o aquello* como lo que llega a ser en el sentido de que *se origina o llega a existir* son un todo fundado por dos elementos o aspectos. En el primer caso, el hombre inculto *que llega a ser culto* es un compuesto de substrato (Rómulo, por ejemplo) y opuesto (inculto en un momento, culto en otro). En el segundo caso, la estatua *que simplemente llega a ser* es también un compuesto de un bloque informe en un momento (bronce,

por ejemplo) y una transfiguración determinada en otro momento (Zeus o Poseidón). Por tanto, la síntesis hilemórfica es un momento constitutivo de todo aquello que llega a ser.

iii) Hay *algo que llega a ser* (τι γιγνόμενον). No hay llegar a ser sin *lo que* llega a ser. En otras palabras: la generación es siempre generación de algo, de un ente. Rómulo, Sonia, un hombre culto, aquello pequeño, esta estatua, una revolución o un sentimiento: en todos estos casos, el proceso de llegar a ser implica siempre un “esto” que entra en generación. Uno de los sentidos de “llegar a ser” ha mostrado, sobre todo, la necesidad de un sujeto del cual se pueda predicar simplemente que llega a ser. La raíz óntica, entonces, debe ser considerada también un momento constitutivo de todo aquello que llega a ser.

iv) Hay *algo que llega a ser “esto”* (τι ὃ τοῦτο γίγνεται). Los entes no solamente llegan a ser, también llegan a ser esto o aquello. Se alcanza esta conclusión a partir del otro sentido de “llegar a ser” analizado. “Un hombre inculto llega a ser un hombre culto”, “lo débil llega a ser fuerte”, “la semilla llega a ser una planta”: términos simples o compuestos, devenir de substratos o de opuestos, en todos estos casos se especifica un resultado concreto para el proceso de generación, algo generado. Por tanto, la culminación óntica es también un momento constitutivo de lo que llega a ser.

v) Lo que llega a ser, ya sea algo que está en generación, ya sea algo generado, puede ser *un substrato* (τὸ ὑποκείμενον) o *un opuesto* (τὸ ἀντικείμενον). La expresión “y lo último” de la cita no se refiere exclusivamente al cuarto momento o al tercero, sino a ambos. Por un lado, *algo que está en proceso de llegar a ser* puede ser el substrato hombre (el hombre llega a existir) o el substrato semilla (la semilla llega a ser una planta), pero ambos pueden ser también *algo que ya llegó a ser* (el niño llega a ser hombre, el óvulo llega a ser una semilla). Por otro lado, en el hombre inculto que llega a ser culto o en lo pequeño que llega a ser grande, hay, en ambos casos, un opuesto que llega a ser y uno que ha llegado a ser.

A diferencia de las consecuencias extraídas de la semántica de “llegar a ser”, estos momentos constitutivos de lo que llega a ser subrayan la necesidad de los opuestos en síntesis con el substrato. No solamente de un substrato, sino también de opuestos o contrarios, de cierta *forma* o cierto *aspecto* que está presente o ausente, precisa todo aquello que llega a ser.

#### 4. Regreso a los entes naturales

La ontología del llegar a ser se introduce en la ciencia de la naturaleza del siguiente modo:

Por lo tanto, si de las cosas que son por naturaleza hay causas y principios de los que primariamente son y han llegado a ser, y esto no por accidente, sino cada una lo que se dice que es según su sustancia, entonces es evidente que todo llega a ser desde un substrato y una forma. Porque “hombre músico” está compuesto, en cierto sentido, de “hombre” y de “músico”, ya que se lo puede analizar en los conceptos de ambos. Es claro, entonces, que lo que llega a ser proviene de estos (Aristóteles, 1995, p. 113-114 [190b17-23]).

Los fundamentos de los entes naturales, aquello sobre lo que trata todo este primer libro de la *Física*, son dos: el substrato y la forma. El ejemplo del hombre culto enseña, según sus variantes lingüísticas o la aleación de sus términos, que en lo que llega a ser debe presuponerse ontológicamente una realidad compuesta de materia y forma: Rómulo, Sonia (sustancias individuales) y culto, culta e inculto, inculta (un par de contrarios; dos aspectos de una forma o, visto de otra manera, una forma y su privación). Los animales, las plantas y los cuerpos simples son entes que son y llegan a ser *por naturaleza*, es decir, su existencia está fundamentada en una realidad hilemórfica natural que hace posible la predicación. Esa unidad de materia y forma es a lo que, en principio, se le da el nombre de “naturaleza”. Sobre *qué* es una y otra, *cuál* de ellas tiene prioridad substancial o *cómo* pueden llegar a ser conocidas —si acaso es lícito este modo de preguntar—, aún no se ha dicho nada.

El substrato o la materia es lo numéricamente uno subyacente al llegar a ser de los entes naturales (190b23-24). Así como Rómulo es uno y el mismo, de quien decimos en un momento que es inculto y en otro, que es culto, también el substrato material es uno solo, *en* el cual se dan separadamente los contrarios en cuanto aspectos de una forma. Se debe notar, sin embargo, que estos dos aspectos dividen lógicamente (conceptualmente) al substrato y lo presentan como dos realidades distintas. Ahora bien, si se habla de dos “aspectos” de una forma en el substrato, entonces se está asumiendo que la forma es también numéricamente una (190b28-29). En el caso del hombre inculto que llega a ser culto, se habla de la *cultura* de un hombre; en el caso de lo pequeño que llega a ser grande, de la *magnitud* de un objeto. Dos aspectos de *una* forma. Por esta razón, Aristóteles sostiene que los fundamentos de los entes naturales son, de cierta manera, dos, porque basta un par de contrarios que, en uno y otro caso, defina aquello que llega a ser, mientras el substrato está siempre presupuesto.

No obstante, desde otra perspectiva puede y debe decirse que los fundamentos naturales son tres: el par de contrarios (como en culto, inculto; pequeño, grande; calor, frío) y el substrato (190b33-35). Así como es necesario que la cultura e incultura se den en un sujeto determinado, del mismo modo, los contrarios de los entes naturales precisan de una materia en la cual puedan darse. Esta tripartición de los fundamentos es posible porque en el ejemplo del hombre inculto que llega a ser culto, los términos “hombre”, “hombre inculto” y “hombre culto” denotan realidades que no presentan identidad lógica ni ontológica, es decir, lo referido en cada caso —aunque estemos hablando siempre de Rómulo— no es *sensu stricto* lo mismo.

De esta manera, el análisis de “llegar a ser” ha permitido responder a la pregunta por el número de los fundamentos de los entes naturales en términos ontológicos: en un sentido, solamente el par de contrarios, ya que el substrato está siempre presupuesto; en otro sentido, los contrarios y el substrato, ya que aquellos se dan siempre *en este*; y en última instancia, forma y materia, ya que aquella puede presentarse conceptualmente como contrarios o como una forma determinada y su privación (191a3-7). En lo que resta del capítulo, Aristóteles explica el tipo de conocimiento que se puede tener del substrato material o naturaleza subyacente (191a7-14) y finaliza con una retrospectiva en lo que atañe a la problemática de los fundamentos (191a14-22).

## 5. Conclusión

Se ha tratado de mostrar que el análisis del lenguaje del llegar a ser en *Phys.* I 7 se despliega en tres tipos de aproximaciones al fenómeno: *i*) una pragmática en la que se insiste en los “se dice” y “decimos” de los intérpretes que comparten una lengua; *ii*) una sintáctica en la que se llama la atención sobre las distintas maneras de construir los enunciados en este contexto; y *iii*) una semántica en la que se recogen y desarrollan dos sentidos predominantes del término. De cada una de estas aproximaciones se sacan igualmente consecuencias ontológicas: *i*) que para el llegar a ser de opuestos esté presupuesto algo subyacente; *ii*) que eso subyacente esté sujeto también a un modo de llegar a ser; y *iii*) que todo lo que llega a ser sea, por tanto, o un opuesto o un substrato. Estas consecuencias son reafirmadas y ordenadas como momentos constitutivos del fenómeno. Aquí se hace explícita la necesidad de que haya siempre un substrato y una forma (presente o ausente a modo de contrarios) en lo que llega a ser. De manera consecuente, Aristóteles interpreta los fundamentos de los entes naturales bajo

este enfoque lingüístico-ontológico del llegar a ser y traza su célebre teoría hilemórfica al respecto. Esto prueba el carácter decisivo de este capítulo en relación con la problemática de los fundamentos, así como la naturaleza netamente aristotélica de sus resultados.

## Notas

- 1 En este artículo se utiliza la perífrasis verbal *llegar a ser* para traducir el vocablo griego γίγνεσθαι, tanto en la función verbal como sustantiva de este último. En algunos lugares se ha echado mano también de los verbos *nacer*, *generar*[-*se*], *devenir* y *originar*[-*se*], así como del sustantivo *generación*. La preferencia en cada caso responde simplemente a la naturalidad y familiaridad que la construcción gramatical puede adquirir para nosotros. Con este criterio se intenta verter, de la manera más regular y habitual posible, las voces griegas en nuestro idioma. Por esta razón, ha sido conveniente, en algún caso, optar también por “llegar a estar”.
- 2 No está de más advertir que, en todo el texto, los adjetivos *lingüístico* y *lingüística* se utilizan en relación con el lenguaje, no con la lingüística en cuanto ciencia del lenguaje.
- 3 Las traducciones citadas de Guillermo R. de Echandía (Aristóteles, 1995) no han sido modificadas. La interpretación y el comentario propuestos, sin embargo, se separan de vez en cuando de esta versión y se inclinan por la de Marcelo D. Boeri (Aristóteles, 1993). En todo momento se ha tenido en cuenta, además, la edición del texto griego de Ross (1936).
- 4 Como se verá de inmediato, se debe desistir de cualquier clase de interpretación cosmológica de la expresión “llegar a ser *en sentido absoluto*”. El adverbio ἀπλῶς intenta ceder todo el protagonismo al proceso mismo del γίγνεσθαι y silenciar su carácter copulativo. En esa medida, el término puede ser obviado o traducido por “simplemente” o “sin más”.
- 5 *Existir* y *existencia* no recogen aquí una significación filosófica particular. La paráfrasis de la perífrasis verbal intenta simplemente enfatizar el carácter existencial, acaeciente, no copulativo de “ser”.

## Referencias bibliográficas

- Aristóteles (1993). *Física*. Editorial Biblos.  
 Aristóteles (1995). *Física*. Editorial Gredos.

- Horstschäfer, T. M. (1998). *Über Prinzipien: Eine Untersuchung zur methodischen und inhaltlichen Geschlossenheit des ersten Buches der Physik des Aristoteles*. De Gruyter.
- Kelsey, S. (2008). The Place of I 7 in the Argument of *Physics* I. *Phronesis*, 53(2), 180-208.
- Modrak, D. K. W. (2001). *Aristotle's Theory of Language and Meaning*. Cambridge University Press.
- Ross, W. D. (1936). *Aristotle's Physics. A Revised Text with Introduction and Commentary*. Oxford University Press.
- Wieland, W. (1992). *Die aristotelische Physik*. (3.<sup>a</sup> ed.). Vandenhoeck & Ruprecht.